

SAMUEL HUNTINGTON Y LA MODERNIZACIÓN POLÍTICA

Roberto García Jurado

Resumen

Samuel Huntington es uno de los politólogos contemporáneos más connotados. De su abundante producción intelectual, en este artículo se analiza su teoría de la democracia, la cual si bien se inscribe en la corriente general y predominante de la ciencia política, que la concibe esencialmente en términos de instituciones y procedimientos y no de fines o valores, incurre en omisiones e inconsistencias dignas de consideración.

Abstract

Samuel Huntington is one of the most important political scientists. This article analyses his theory of democracy. Although Huntington's theory is framed within the mainstream of political science that conceives democracy in terms of institutions and procedures and not as values or goals. It has some omissions and inconsistencies that should be considered.

En una entrevista concedida poco después de los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001, Samuel Huntington los consideraba como la confirmación más fehaciente de su hipótesis sobre el choque de las civilizaciones. Si la comunidad musulmana se agrupaba en torno a Osama Bin Laden —el famoso terrorista de origen saudita supuesto autor intelectual de los atentados—, advertía, se produciría una guerra civilizacional.

En esa misma entrevista, Huntington reconoció muy poco factible un agrupamiento de este tipo, por la condena de la mayor parte de los gobiernos musulmanes, excepto Irak. Sin embargo, eso no invalidaba su hipótesis por el cumplimiento de una de las premisas previstas en su teoría: el fortalecimiento de la identidad occidental, es decir, la reducción de la tensión existente al interior de nuestra civilización, haciendo conscientes a todas las sociedades occidentales de su identidad común.¹

Los acontecimientos posteriores mostraron muy remota una congregación del mundo musulmán en torno a una causa de este tipo, y las diferencias en torno a algunas cuestiones específicas entre los distintos Estados occidentales no sólo siguen estando presentes, también se han recrudecido. No obstante, a pesar de que no se ha reproducido por completo el escenario previsto por Huntington, muchas de sus ideas y conceptos planteados son del todo pertinentes en la reflexión sobre la situación mundial.

Luego de la confusión política e intelectual que causó en la teoría de las relaciones internacionales el fin de la era bipolar, se ha especulado mucho sobre las posibilidades y el sentido del nuevo orden internacional. Para algunos, el fin de la confrontación soviético-norteamericana puede dar paso a una época de relativa anarquía internacional; para otros, la inminente decadencia de la potencia norteamericana dará paso al surgimiento de una nueva, ya sea en Europa o en el Lejano Oriente; y para algunos otros, tal vez los más optimistas, ha quedado abierta la posibilidad de la formación de un gobierno mundial.

El proyecto de la conformación de un gobierno mundial está lejos de ser una idea novedosa; más aún, tal vez sea uno de los proyectos más

¹ Véase *El País*, 24 de octubre de 2001.

ambiciosos de la humanidad, tendientes a crear una sociedad mundial inclusive regida por un solo gobierno y apegada a las mismas leyes, costumbres y valores. Ya Dante hablaba de este proyecto en *De la monarquía*, ahí reconoció la necesidad de cada pueblo de tener sus propias leyes, costumbres e incluso conservar a sus príncipes, pero no transigía en la condición de ser gobernados por un monarca universal para lograr la paz mundial y los hombres se pudieran dedicar a sus asuntos particulares.

Sin embargo, a pesar de la discutible factibilidad o deseabilidad de un orden mundial semejante, persiste la idea como una salida válida.

Huntington está lejos de considerar como una posibilidad cercana un proyecto tan ambicioso como el de un gobierno mundial, ni siquiera alberga esperanzas sobre una paz mundial permanente o, al menos, duradera. Sin embargo, reconoce como prioridad de la humanidad aplicarse en la búsqueda de mejores relaciones internacionales, de cooperación y concordia si es posible, y si no, al menos, a la preservación de la seguridad mundial, basada en la conservación y coexistencia de los Estados nacionales y multinacionales.

Desde su perspectiva, la mejor manera de alcanzar este objetivo sería si todas las sociedades se modernizaran en el mismo sentido como lo han hecho los países del mundo occidental, lo cual las colocaría en la posibilidad de compartir la misma civilización y, en buena medida, los mismos intereses. Desde el punto de vista internacional e histórico, éste sería uno de los mayores beneficios de la modernización. No obstante, desde la perspectiva nacional y local, los objetivos de la modernización pueden ser distintos, es decir, actualmente existen una gran cantidad de sociedades trabajando afanosamente en la transformación de sus estructuras económicas, políticas y sociales, teniendo como meta específica el logro de niveles de riqueza y bienestar similares a los disfrutados en las sociedades occidentales. Sin embargo, no siempre tienen claro el objetivo de la modernidad, en algunas ocasiones incluso lo repudian, aunque en la mayor parte de ellas se desean intensamente los productos materiales ofrecidos por ésta.

El afán modernizador alcanza incluso la esfera de la política. Las

instituciones democráticas y liberales representantes de la modernidad occidental se han convertido en una de sus ventajas más atractivas, no existe prácticamente nadie que no se diga democrático o partidario de la democracia. La conquista o conservación del poder en casi cualquier sociedad, ya sea moderna o en vías de serlo, requiere de ideología democrática, al menos a nivel declarativo.

Huntington ha dedicado la mayor parte de su obra intelectual al tema de la modernización política. La ha estudiado a partir de diferentes perspectivas, desde el plano nacional e internacional; ubicándose en la óptica civil y militar; con los ojos del líder político y del ciudadano. Su trabajo es extenso y reconocido, goza de una amplia popularidad, lo cual puede deberse al pragmatismo político poco común en un teórico; crudo y descarnado en algunas ocasiones.

El terreno de la *realpolitik* normalmente es ocupado sólo por las personas dedicadas a la política activa, pero en el caso de Huntington esta peculiaridad no debe considerarse un defecto; más aún, probablemente sea uno de los muchos atractivos de su obra.

Sociedades modernas y tradicionales

Dos de los conceptos más relevantes en la reflexión de Huntington son los de sociedad moderna y sociedad tradicional. Es importante la diferenciación de estos dos tipos de sociedad dentro de su teoría, porque el tránsito de la sociedad tradicional a la sociedad moderna significa cambios radicales a la constitución social. Esta distinción se utiliza para acercarse a los procesos más generales de evolución social. Para un enfoque de tal amplitud puede ser útil plantear como primera aproximación esta diferencia. A través de esta dicotomía se establece un contraste claro y tajante entre lo actual y lo antiguo, entre lo vigente y lo anacrónico; contraponiendo dos tipos de sociedades evidentemente disímiles, las diferencias entre una y otra aparecen más notorias y definidas.²

² Huntington expone esta diferenciación principalmente en su libro *El orden político*

Para Huntington, en la sociedad tradicional el cambio social es algo poco común, infrecuente, incluso indeseable. El hombre actúa guiado por ideas y valores fijos, inmutables; la innovación carece de espacio y de aprecio, lo que importa no es introducir el cambio, sino apearse a lo pre-establecido, a la tradición. Más allá de esta tipificación general, le interesa destacar la configuración política de las sociedades tradicionales, caracterizadas por ser comunidades políticas simples, hecho determinado principalmente por estar asentadas sobre una base social homogénea, es decir, una población con la misma extracción racial, religiosa o lingüística.

Esta característica resulta relevante debido a que en estas sociedades la cohesión social y el orden político se obtienen en buena medida gracias a la extracción común de la población: los miembros de la población se identifican recíprocamente y se reconocen como miembros de una aglomeración social relativamente amplia por compartir una o varias características étnicas definitorias, como la raza, la religión o la lengua. Gracias a esta identidad común, el entendimiento, la unión y la colaboración se dan de manera menos problemática, casi natural. Debido a la menor conflictividad producida en esta comunión, la tarea a enfrentar por las instancias políticas para promover y fomentar la cohesión social es menos compleja; la cooperación social y la identificación con la comunidad se dan, por así decirlo, de manera espontánea.³

Huntington parte de un concepto de modernidad simple y directo. La modernidad significa ante todo la capacidad del hombre para controlar y modificar la naturaleza; en cierto sentido, es el triunfo del hombre sobre su entorno físico, el sometimiento de los elementos naturales a su servicio. El dominio que el hombre impone sobre su entorno no es exclusivamente

de las sociedades en cambio, Buenos Aires, Paidós, 1992 (edición original en inglés, 1968). Véanse especialmente los capítulos 1 y 3.

³ “Una comunidad política simple puede tener una base puramente étnica, religiosa u ocupacional, y tiene muy escasa necesidad de instituciones políticas altamente desarrolladas... Pero cuanto más compleja y heterogénea es la sociedad, el logro y mantenimiento de la comunidad política dependen en mayor medida del funcionamiento de las instituciones específicas.” *Ibid.*, p. 20.

material, alcanza también a la sociedad y al hombre mismo; no sólo adquiere la facultad de cambiar su entorno o, al menos, de concebir la intención de hacerlo, también se imagina a sí mismo como un producto del cambio. En este sentido, la modernidad no sólo es producto del cambio, hace de él un modo de vida.

Sin embargo, no es esta concepción general de la modernidad lo más interesante para Huntington, sino sus implicaciones políticas. Según él, en las sociedades modernas el volumen de la población es considerablemente mayor; los niveles de urbanización son más elevados; la densidad demográfica es superior y, sobre todo, existe un gran número y variedad de grupos, organizaciones y fuerzas sociales. Las pretensiones de estas fuerzas sociales a menudo chocan entre sí y en ocasiones llegan a enfrentarse tan ásperamente que amenazan el orden y la armonía en las sociedades modernas. Así, a pesar de que una sociedad moderna y particularmente un régimen democrático requieren la existencia de este tipo de organizaciones, representan este tipo de riesgos. Debido a ello, la concordia social no es algo generado de manera espontánea, como en las sociedades tradicionales, sino continuamente promovida y fomentada por las instancias políticas, es decir, en ellas recae la responsabilidad de proteger a la sociedad de las tensiones desintegradoras surgidas dentro de ella misma. En tanto mayor sea el conflicto social, mayor la necesidad de la acción política.⁴

Como se dijo al principio, la diferenciación realizada por Huntington entre sociedades tradicionales y sociedades modernas, es útil por varios motivos, pero al mismo tiempo corre el riesgo de la generalización excesiva, al grado de propiciar dos grandes imprecisiones. En primer lugar, uno de los mayores inconvenientes es que esta diferenciación es demasiado general, pues coloca en dos grandes campos a un enorme número de sociedades quizá con menos en común de lo supuesto. En una separación tan excluyente muchas sociedades quedarán ubicadas necesariamente en uno de los dos campos, es decir, en ocasiones adquieren una de las definiciones simple y sencillamente porque no caben en la otra.

⁴ *Ibid.*, Capítulo 2.

En el caso de las sociedades denominadas modernas, las disimilitudes tal vez sean menores, por los efectos de la modernización social: la homogeneización de las sociedades, las cuales se influyen recíprocamente al entrar en contacto y elevar sus índices de intercambio y comunicación, al grado de producir estructuras y procesos similares en las áreas con más interacción.⁵ Sin embargo, en el caso de las sociedades tradicionales se presentan más divergencias. En esta categoría se incluye una enorme cantidad de sociedades cuyas diferencias son en muchos casos notables. Así, en un campo tan general, quedan englobadas sociedades cuyas dimensiones pueden ser la de un gran imperio burocrático, una pequeña comunidad agrícola o una tribu nómada. Al plantearlo así, son pocas las similitudes entre estas agrupaciones, pero estas divergencias quedan ocultas o disminuidas con la dicotomía en cuestión.⁶

El segundo gran inconveniente es histórico. Las sociedades modernas tienen como una de sus características compartir la etapa histórica en la cual se registra su existencia, es decir, son aproximadamente contemporáneas. Pero no sucede esto con las sociedades tradicionales; están repartidas prácticamente a lo largo de toda la historia de la humanidad. En este concepto quedan agrupadas sociedades existentes en el pasado más remoto, y también sociedades actuales, contemporáneas de las sociedades modernas. En términos más drásticos, equivale a decir que las sociedades tradicionales no tienen ubicación histórica.

Las repercusiones de esta indefinición son múltiples, pero mientras las sociedades tradicionales cuya existencia precedió a la época moderna estuvieron relativamente aisladas, o más exactamente, sólo tenían contacto con sociedades similares a ellas mismas, las sociedades tradicionales aún existentes tienen contacto, y a veces muy intenso, con sociedades modernas. Ello establece una diferencia considerable. Esto es, mientras las sociedades tradicionales antiguas mantenían sus costumbres e instituciones sin reparar en ello, sin la conciencia de ser tradicionales, las sociedades tradicionales actuales son plenamente conscientes de esto; a

⁵ Véase el sugerente ensayo de Jacques Attali, *Milenio*, México, Seix Barral, 1993.

⁶ Véase el texto de Edward Shils, "On the Comparative Study of New States", en Clifford Geertz (ed.), *Old Societies and New States. The Free Press of Glencoe*, London.

partir de su contacto con las sociedades modernas, se saben y se piensan distintas, lo cual implica muchas veces reproducir sus tradiciones con absoluta conciencia, con el objetivo de diferenciarse así de las sociedades modernas.

Las sociedades modernas llegaron a serlo a través de un proceso inconsciente e incierto, sin tener claro el rumbo, el objetivo, ni el punto de llegada al cual se dirigían; de hecho, el proceso fue respondiendo aleatoriamente —de manera espontánea y accidentada— a la emergencia de nuevas situaciones, al surgimiento de nuevos grupos y a la creación de escenarios inéditos.⁷

Sin embargo, ese proceso inconsciente e incierto produjo una sociedad positivamente valorada y muy apreciada, más aún, se convirtió en un modelo a seguir. Muchas sociedades tradicionales buscan ahora modernizarse, la mayor parte de ellas lo hace debido a su aspiración de tener un nivel de vida similar al de las sociedades modernas, algunas pretenden modernizarse para defenderse mejor de las otras sociedades modernas, esto es, pretenden adquirir sólo algunos de los recursos de la modernidad, sobre todo los económicos y tecnológicos, con los cuales pueden hacer frente a las injerencias perturbadoras y preservar por este medio la identidad cultural considerada amenazada.

De este modo, muchas sociedades emprenden una *modernización defensiva*.⁸

El propósito principal de Huntington al distinguir las sociedades tradicionales de las modernas no es establecer una tipología absoluta y exhaustiva, más bien señalar cómo en ambas se puede disfrutar de estabilidad política y social, ambas poseen instituciones políticas adecuadas y capaces de producir el orden social dentro de su propio contexto. No obstante, el proceso de modernización social involucra siempre ines-

⁷ Véase Jürgen Habermas, "Modernidad *versus* postmodernidad", en Josep Picó (comp.), *Modernidad y postmodernidad*, México, Alianza Editorial, 1990.

⁸ Para ampliar el concepto de modernización defensiva, véase de Dankward Rustow, *A world of nations. The Brookings Institution*, Washington, 1967, y de David Apter, *Política de la modernización*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

tabilidad política y social; para transitar de una sociedad tradicional a una moderna es necesario pasar por un periodo de acoplamiento y reestructuración. Este periodo está lleno de reajustes y adaptaciones de las instituciones políticas, las cuales no sólo están llamadas a desempeñar un papel más relevante para el mantenimiento del orden y la promoción de la concordia social, sino desde el inicio del proceso de modernización mismo deben ocupar una posición preponderante, debido principalmente a que en la mayor parte de los casos las instituciones políticas son los agentes modernizadores más dinámicos y efectivos.⁹

Con la modernidad sucede algo muy parecido a lo sucedido con la democracia. Ninguna de ellas fue un objetivo conscientemente perseguido por quienes las impulsaron, tanto los primeros modernizadores como los primeros democratizadores lo fueron sin saberlo, sin pretenderlo y, probablemente, sin quererlo. Quienes impulsaron los primeros cambios que produjo la modernidad no pretendían cambiar la totalidad de la sociedad, sólo trataban de modificar alguno o algunos de los aspectos de la sociedad para moverse mejor dentro de ella. Del mismo modo, los primeros democratizadores no eran demócratas en espíritu, no perseguían hacer de la política un espacio de libre juego y abierta competencia a todos aquellos con pretensiones de participar en ella, la verdadera intención fue abrirla para participar ellos mismos y así promover mejor sus intereses.¹⁰

Sin embargo, a pesar de no desearlo explícitamente, los impulsores de los primeros cambios a la modernidad se convirtieron en modernizadores; fueron de hecho los protagonistas de la modernización.

⁹ Una opinión muy similar a la de Huntington sobre los conflictos y desequilibrios producidos por la modernización puede encontrarse en Myron Weiner, "Political participation and political development", en Myron Weiner (ed.), *Modernization: the dynamics of growth*, New York/London, Basic Book Inc., 1966.

¹⁰ Una exposición más amplia de este proceso la ofrece Robert Dahl en *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1992.

La modernización social y política

La modernización social implica sobre todo la multiplicación de organizaciones, la diferenciación de estructuras sociales, la superación de la familia como principal célula social y la supresión de la aldea como concentración urbana esencial; en lugar de ello, se da paso al individualismo y a nuevas formas de asociación, y la metrópoli surge como espacio vital de la población. Sin embargo, este aspecto de la modernización también conlleva sus efectos negativos, pues produce con frecuencia una anomia social aguda, la cual conduce al individuo a la adopción de una conducta agresiva, violenta, incluso propulsora de la desintegración social.¹¹

No obstante, más que a la modernización social, Huntington presta especial atención a los aspectos políticos de ésta. Para él, la modernización política se integra, en esencia, de tres aspectos:

1. La racionalización de la autoridad política.
2. La diferenciación de estructuras políticas.
3. La participación de las masas en la política.

El primer aspecto se refiere sobre todo al sometimiento de la autoridad política a criterios de actuación racionalizados mediante un marco y procedimiento jurídico definido. El segundo, el de la diferenciación de las estructuras políticas, alude en particular a la construcción de un conjunto de instituciones encargadas de las actividades correspondientes a la función pública. Según Huntington, por ejemplo, el sistema político más simple y elemental es el unipersonal, en donde todos los poderes, atribuciones y recursos se depositan en una sola persona, la cual no sólo puede de-

¹¹ En los términos clásicos de la anomía social planteada por Durkheim, el tránsito de las sociedades tradicionales a las modernas produce una gran cantidad de distorsiones en la integración social, a las cuales debe ponerse remedio a través de una amplia y nueva red social de integración. Véase Emile Durkheim, *La división del trabajo social*, México, Colofón, 1999. Puede verse también AAVV, *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo XXI, 1990, especialmente el ensayo de Herbert Marcuse, "Libertad y agresión en la sociedad tecnológica".

sempeñar el cargo a su antojo y capricho, más aún, la función pública resulta extremadamente dependiente de lo que le suceda a una sola persona.

Aunque estos dos rasgos de la modernización política pueden ser aceptados de manera general, el tercer aspecto considerado por Huntington —el de la participación política de las masas— presenta ciertas incongruencias y contradicciones. Señala como característica de las sociedades modernas un índice de participación política muy alto, alcanza e incorpora a las masas de la sociedad.

En este sentido, describe el tránsito de una sociedad tradicional a una moderna como una ampliación gradual de la población con participación política: en la fase más temprana del tránsito sólo intervienen en la política las élites sociales; después, se incorporan las clases medias y, por último, se da la incursión de las masas. Sin embargo, esta idea acerca de la participación masiva de la sociedad no corresponde con la realidad de las sociedades modernas, ni siquiera de aquellas distinguidas por su tradición y estabilidad democrática. En estas sociedades, la participación política del grueso de la sociedad generalmente se limita a la emisión del voto en períodos electorales y a la participación en organizaciones y asociaciones en muchos casos sin objetivos políticos inmediatos o directos.¹²

Tal vez la objeción más importante a esta idea de Huntington provenga de él mismo. Es decir, aun cuando en una parte de *El orden político* establece esta hipótesis,¹³ en varios otros pasajes de sus escritos expone una idea contraria. En esta misma obra, por ejemplo, alude a la participación política como cíclica; es decir, cuando hay fases de tensión, crece la participación y disminuye en las fases de tranquilidad.¹⁴

¹² Véase Samuel P. Huntington y Joan M. Nelson, *No Easy Choice. Political Participation in Developing Countries*, Cambridge and London, Harvard University Press, 1976 y Dieter Nohlen, *Sistemas electorales y partidos políticos*, México, FCE, 1994.

¹³ “Más que por cualquier otra cosa, el Estado moderno se distingue del tradicional por la amplitud con que el pueblo participa en política y es afectado por ésta en unidades políticas de gran envergadura.” *El orden político de las sociedades en cambio*, op. cit., p. 43.

¹⁴ *Ibid.*, p. 192.

En otros pasajes es aún más explícito. En *La crisis de la democracia*, explica que la participación electoral limitada de la sociedad estadounidense durante la década de los setentas no cuestiona por ese hecho su estatuto de modernidad. Pero lo más importante para que una democracia moderna funcione adecuadamente, señala, es necesario imponer límites a su participación política, es decir, los excesos democráticos deben ser contenidos.¹⁵

Como puede observarse, Huntington sostiene una opinión contrastante, contradictoria incluso, en lo referente a la participación política masiva de la sociedad. A la luz de sus propias afirmaciones, y sobre todo de frente a la realidad política de las sociedades contemporáneas, la participación política masiva no es un rasgo de la modernidad política. La modernización propicia ciertamente la extensión universal de los derechos políticos, la apertura de los canales de participación popular y la elevación de la educación y cultura general, lo cual crea un escenario capaz de permitir bajo ciertas condiciones una participación política masiva. Sin embargo, la existencia de estas condiciones no sugieren como característica definitoria un índice elevado de participación política.

El tránsito de la sociedad tradicional a la moderna permite la ampliación de los derechos y las capacidades políticas al conjunto universal de la sociedad, es decir, de ser primero un patrimonio y la competencia exclusiva de una élite, se convierte entonces en un espacio abierto de libre acceso. Podría plantearse incluso del siguiente modo: la moderniza-

¹⁵ "En la práctica, esta moderación (democrática) tiene dos áreas principales de aplicación. Primero, la democracia sólo es una manera de constituir la autoridad y no es ni necesaria ni universalmente la única aplicable. En muchas ocasiones el reclamo de la experiencia, la superioridad y la especialización pueden sobreponerse al reclamo de la democracia como manera de constituir la autoridad. Segundo, la operación efectiva de un sistema político democrático requiere usualmente de alguna medida de apatía y no involucramiento por parte de los individuos y grupos."

"También hay límites potencialmente deseables a la extensión indefinida de la democracia política. La democracia tendrá una vida más larga si tiene una existencia más balanceada". *The crisis of democracy*, New York, New York University Press, 1975, pp. 113, 114 y 115.

ción política crea una estructura institucional y una flexibilidad social que permiten, bajo ciertas circunstancias, una participación política masiva.

Los tres rasgos de la modernización política considerados por Huntington son importantes para comprender las estructuras de las instituciones políticas modernas, aun cuando sea pertinente corregirlos en cierto modo, en particular el tercero de ellos. No obstante, quizás uno de los rasgos más relevantes de la modernización política no reciba la atención merecida de su parte, es decir, apenas repara en que uno de los rasgos más importantes de los Estados modernos es la mayor dependencia del individuo con respecto a las autoridades públicas. En tanto, en las sociedades tradicionales los individuos pueden vivir y relacionarse con sus semejantes sin entrar en contacto con las instituciones políticas, en las sociedades modernas esto resulta prácticamente imposible, pues no es factible sustraerse a la acción gubernamental, incluso en aquellos modos de vida más aislados o tratándose de los habitantes de las regiones más alejadas.¹⁶

Modernidad y Occidente

La modernización fue una transformación iniciada hace casi quinientos años en la porción occidental de Europa. Fue un proceso acelerado e impulsado por la aparición y desarrollo del capitalismo y la expansión de Europa, en particular de la porción occidental del continente. Por ello en muchos casos se asume la modernización como sinónimo de occidentalización, esto es, del proceso de asimilación de grandes porciones del mundo al modelo de vida y de sociedad que comenzó a gestarse por esta época en esa área.¹⁷

¹⁶ Véase David E. Apter, *Política de la modernización*, *op. cit.*, y Lucian W. Pye, *Aspects of political development*, *op. cit.*

¹⁷ Véase Ruggiero Romano y Alberto Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno*, México, Siglo XXI, 1989; Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia*, México, FCE, 1987; John H. Parry, *Europa y la expansión del mundo 1415-1715*, México, FCE, 1992; e Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, México, Siglo XXI, 1979.

Sin embargo, para Huntington la modernización es distinta a la occidentalización.¹⁸ La importancia atribuida a esta diferenciación radica en contrarrestar la idea de fenómeno mundial de occidentalización, un fenómeno de uniformidad cultural encabezado por Occidente. Combate esta idea señalando que si bien puede apreciarse un proceso de modernización en muchas partes del mundo, no implica procesos de occidentalización. En algunos casos se presentan ambos, pero en algunos otros la modernización está disociada de la occidentalización; en algunos de ellos se trata de procesos de *modernización defensiva*.¹⁹

Esta distinción adquiere mayor sentido al remitirla al contexto en el que Huntington plantea su concepto del choque de civilizaciones. Según este planteamiento, a partir del último cuarto del siglo XX y durante todo el siglo XXI las guerras y los conflictos internacionales han tenido o tendrán como fuente primordial el enfrentamiento y choque de civilizaciones. En la época moderna, las fuentes del conflicto internacional han ido variando. Así, por ejemplo, a partir de la paz de Westfalia, los conflictos se dieron principalmente entre príncipes y monarcas cuyo objetivo fue ampliar sus dominios territoriales; a partir de la Revolución Francesa los conflictos fueron entre naciones, cada una de ellas buscando convertirse en o afianzarse como Estado; a partir de la Revolución Rusa las pugnas se dieron esencialmente entre ideologías, cada cual tratando de convertirse en dogma universal; y a partir de la guerra fría los conflictos han sido y serán entre civilizaciones.²⁰

¹⁸ Huntington combate frontalmente la idea de que modernización y occidentalización son sinónimos, la cual es sostenida por algunos otros autores, como Lucien Pye, *Aspects of political development*, Boston, Little, Brown and Company, 1966, p. 8.

¹⁹ Huntington considera que el "corazón de la civilización occidental" está constituido por un conjunto de valores e instituciones: 1. El legado de la cultura clásica. 2. El Cristianismo occidental. 3. Las lenguas europeas. 4. La separación entre la autoridad temporal y la espiritual. 5. El Estado de Derecho. 6. El pluralismo social y la sociedad civil. 7. Los órganos representativos. 8. El individualismo. Así, aunque admite que alguno o algunos de estos rasgos los poseen otras civilizaciones, considera que lo que distingue a Occidente es que todos ellos se presentan conjuntamente, dándole a esta civilización el carácter particular y excepcional que le atribuye. Véase Samuel P. Huntington, "The West Unique, Not Universal", *Foreign Affairs*, vol. 75, no. 6, November-December, 1996.

²⁰ "Espoleada por la modernización, la política global se está reconfigurando de

De acuerdo a Huntington, el giro de las relaciones internacionales en las últimas décadas tiende a enfrentar a las civilizaciones. Él aprecia una tendencia en la cual se están acentuando las identidades culturales, esto es, un proceso integrador de los individuos con una misma herencia cultural, aun cuando habiten o pertenezcan a Estados nacionales distintos. De este modo, en tanto los seres humanos se acercan y asocian guiados por su identidad cultural, por su sentido de pertenencia a una determinada civilización, en esa misma medida las civilizaciones se fortalecen como unidades culturales de grandes proporciones, las cuales se convierten así en los nuevos protagonistas de los conflictos internacionales.

Esta mayor integración cultural de las civilizaciones, advierte Huntington, no implica de ninguna manera la desintegración o fundición de los Estados nacionales, explícitamente asegura que el Estado-nación seguirá siendo durante mucho tiempo la principal unidad política, lo que no obsta para que en su actuación internacional cada vez se guíe más por sus afinidades culturales y su pertenencia a una civilización determinada.²¹

Esta aproximación de los partícipes de una determinada civilización muchas veces se nuclea en torno a un solo Estado, es decir, lo más frecuente dentro de cada civilización es la existencia de un Estado fuerte e influyente en torno al cual se congregan el resto de los Estados que comparten esa misma herencia civilizatoria. En el caso de Occidente,

acuerdo con criterios culturales. Los pueblos y los países con culturas semejantes se están uniendo. Los pueblos y países con culturas diferentes se están separando. Los alineamientos definidos por la ideología y las relaciones con las superpotencias están dando paso a alineamientos definidos por la cultura y la civilización." Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones*, México, Paidós, 1998 (edición original en inglés, 1996), p. 147.

²¹ Es muy probable que esta hipótesis de Huntington tenga un carácter más prescriptivo que descriptivo, ya que en 1997, a principios de la segunda administración del presidente Clinton, criticaba acremente su política exterior, diciendo que la diplomacia estadounidense subordinaba todas las consideraciones internacionales a los intereses comerciales del país, mostrando una ignorancia absoluta y completa sobre lo que debía considerarse los intereses nacionales, en los cuales debían incorporarse consideraciones estratégicas de largo plazo y de diversa índole, no sólo comerciales. Véase Samuel P. Huntington, "The Erosion of American National Interests, *Foreign Affairs*, vol. 76, no. 5, September-October, 1997.

Huntington atribuye esa función a Estados Unidos; para la civilización ortodoxa señala a Rusia; en el lejano oriente a China; y así, de modo similar, lo establece en el resto de las ocho civilizaciones identificadas, que son los entes culturales y políticos protagonistas del choque de las civilizaciones.

Sin embargo, la tesis de Huntington posee varias incongruencias y debilidades. En primer lugar, no aporta una definición clara de civilización. En la definición más comprensiva, la civilización es el nivel más alto y general de identificación cultural de los hombres, compuesta de una serie de rasgos culturales como la lengua, religión, historia, costumbres, instituciones y la autoidentificación subjetiva de sus miembros. No obstante, sostiene como elementos centrales de la civilización dos: la lengua y la religión. Pero, además, posteriormente asegura que en el fondo el rasgo definitorio de las civilizaciones es la religión.²²

Así, Huntington parte de una definición confusa de la civilización, la cual termina reduciendo a la religión. Esta confusión emerge cuando hace su clasificación de las civilizaciones, la cual resulta irregular y asimétrica. Por ejemplo, no resulta del todo claro cómo puede sustentarse la existencia de la civilización ortodoxa, la latinoamericana o la africana. Si el criterio definitorio para distinguir a las civilizaciones es la religión, no se justifica entonces la separación de los países ortodoxos del resto de los países que profesan el cristianismo, ya que básicamente tienen las mismas raíces que el catolicismo y el protestantismo, a los cuales no los separa en civilizaciones distintas.

Además, si fuera congruente con este criterio, entonces separaría a la Europa católica de la protestante y, más aún, debería separar dentro de los propios Estados Unidos a la población de una y otra iglesia. Yendo al fondo, no habría razón suficiente para negarle el estatuto de civilización al judaísmo, algo que muy pocos historiadores se atreverían a sostener. Siguiendo este mismo argumento, también podría cuestionarse la identificación de Latinoamérica como una civilización separada de Occidente:

²² Estos tres criterios distintos sobre los rasgos centrales de la civilización pueden encontrarse en *El choque de civilizaciones*, *op. cit.*, pp. 48, 69 y 304, respectivamente.

este subcontinente no sólo es predominantemente católico, como España, Italia o Portugal, sino además habla lenguas europeas. Es decir, atendiendo a los criterios del propio Huntington, América Latina forma parte de Occidente. Es necesario reconocer que él mismo admite que Latinoamérica es una civilización que podría fundirse con Occidente, pero aún así, esta advertencia no alcanza a subsanar la fragilidad de su clasificación.

Tampoco resulta del todo claro identificar a África como una civilización. En esta región, sobre todo en el norte, existe una considerable población de religión musulmana, por lo cual, atendiendo al criterio definitorio de Huntington, una parte considerable de África debía pertenecer al Islam y no agruparse con el resto del continente. Al parecer, para África y Latinoamérica no aplica los criterios de lengua y religión utilizados en otros casos; pareciera mezclar la geografía con el grado de desarrollo económico.²³

En segundo lugar, para Huntington, en el siglo XXI el choque de civilizaciones sería la modalidad de los conflictos internacionales. Sin embargo, el problema es que Huntington habla de ello como si se tratara de un evento inédito y desconocido en la historia de la humanidad. Cuando hace el recuento de las fuentes esenciales del conflicto en la época moderna determina: en ésta se ha luchado por territorio, por soberanía, o por primacía ideológica, si se fuera más atrás percibiría en la historia humana previa registros de muchos otros choques de civilizaciones, y para ejemplificarlo basta pensar en el enfrentamiento de Roma contra los bárbaros, los cristianos contra el Islam o Europa contra la América precolombina.

En tercer lugar, Huntington otorga a Estados Unidos el papel de Estado central dentro de la civilización occidental, al grado de afirmar que

²³ Aunque historiadores y antropólogos coinciden en que la historia de la humanidad está protagonizada por un puñado de grandes civilizaciones, no existe un criterio común para su clasificación, y prácticamente cada autor realiza una propia. Ejemplos clásicos de ello son aportados por Fernand Braudel, *Las civilizaciones actuales*, México, REI, 1991, y Arnold J. Toynbee, *Estudio de la historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

la vigencia y la conservación de Occidente depende de que este país siga siendo una potencia a nivel regional y mundial. Sin ella, afirma, Occidente decaería irremediabilmente. No obstante, Huntington tampoco advierte que dentro de las civilizaciones se dan constantes mudanzas en su centro integrador e impulsor, en su Estado central, como él le llama. Para no ir más lejos, la propia civilización occidental es un claro ejemplo de ello: un breve repaso por su historia moderna mostraría cómo durante el siglo XVII fue España quien desempeñó la función de Estado central, así como después lo hizo Francia en el siglo XVIII o Inglaterra en el siglo XIX.²⁴ Es decir, no puede imaginar a Occidente sobrevivir a la pérdida de hegemonía de Estados Unidos, para él, el destino de Occidente está en función de este país; no alcanza a concebir que dentro de Europa, o tal vez dentro de América Latina en un futuro más remoto, pueda surgir un Estado que reúna la suficiente fuerza y vitalidad para convertirse en el nuevo centro de la civilización occidental. En este sentido, la perspectiva histórica de Huntington es bastante limitada, por decir lo menos.²⁵

Finalmente, en cuarto lugar, el posible choque de civilizaciones advertido por Huntington tiene en la realidad una factibilidad muy limitada.²⁶ De su argumentación se desprende que la civilización occidental puede verse amenazada por un choque contra otra civilización, pero ¿cuál puede ser ésta? Latinoamérica y África son regiones con un notable atraso económico y social, lo cual les impide ser verdaderas amenazas para Occidente; China ha experimentado durante los últimos veinticinco años un crecimiento económico importante y un despegue industrial impresionante, pero todavía está sujeta a una serie de lastres económicos,

²⁴ Véase Edgar Morín, *Pensar Europa*, Barcelona, Gedisa, 1988.

²⁵ La historia está llena de ejemplos del encumbramiento y decadencia de grandes Estados e imperios, y para ilustrarlo puede verse el libro de Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994. Una interpretación similar, aunque comprendiendo un periodo histórico previo, la ofrece Francois Guizot en *Historia de la civilización de Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.

²⁶ Para Immanuel Wallerstein en lugar de un choque de civilizaciones, el siglo XXI presenciara la confrontación entre ricos y pobres, Norte y Sur. Véase *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, 1996 y de Robert Heilbroner, *Capitalismo en el siglo XXI*, México, Nueva Imagen, 1997.

demográficos y políticos que difícilmente la convierten en una amenaza seria, al menos por ahora. El caso de Japón es un tanto distinto. No se puede ignorar el indiscutible liderazgo económico de este país en el mundo, sin embargo sus vínculos comerciales y financieros con Occidente hacen muy difícil pensar sea un contrincante real del conjunto de la civilización, más bien, tal vez deba considerársele un sólido competidor en el plano financiero y comercial, pero no en un espacio distinto al terreno económico ahora compartido por ambas civilizaciones.

Por otro lado, durante toda la Guerra Fría la URSS y —lo identificado por Huntington— la civilización ortodoxa fueron consideradas una amenaza en contra de Occidente; sin embargo, a partir de la desintegración de la URSS, la descomposición del bloque socialista y la caída del Muro de Berlín, esa región ha sufrido un deterioro económico y social —no sólo la ha detenido en su carrera por la supremacía mundial, también la ha colocado en una posición de lamentable penuria económica. Muchos de los Estados del antiguo bloque socialista conservan parte de su poderío bélico, pero carecen de la base industrial y económica necesaria para hacerlo efectivo en el caso de una confrontación a gran escala.²⁷

Finalmente, la civilización restante es el Islam. Un choque entre el Islam y Occidente no es de ningún modo remoto. En el pasado, hace poco más de mil años, estas dos civilizaciones iniciaron un enfrentamiento con una duración de poco más de siete siglos, durante el cual los musulmanes dominaron una parte considerable del territorio ocupado por la cristianidad. Todavía más recientemente, durante la Guerra del Golfo de 1991, se registró un conato de enfrentamiento, el cual no llegó a unificar al Islam en contra de Occidente, pero puso en el terreno de combate a Estados pertenecientes a civilizaciones distintas, cuyos intereses comerciales y estratégicos desencadenaron en efecto una guerra en un escenario internacional explosivo y tambaleante. No obstante ello, como lo mostró esta misma guerra, las brechas de desarrollo económico entre uno

²⁷ Una descripción de las distintas potencialidades de cada Estado o región económica puede encontrarse en Lester Thurow, *La guerra del siglo XXI*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1992.

y otro polo se han ensanchado, favoreciendo a Occidente; por tanto, si se registrara un choque entre ambos bloques, difícilmente se produciría un resultado similar al de hace poco más de un milenio.²⁸

El conato de enfrentamiento más reciente entre ambas civilizaciones se dio a raíz de los atentados terroristas contra Estados Unidos en septiembre del 2001. Sin embargo, como ocurrió diez años atrás, ni la ofensiva contra Afganistán ni el acoso diplomático y mediático contra Irán han despertado las mínimas pretensiones del mundo islámico para unirse en una cruzada contra Occidente.

A pesar de todas estas incongruencias y contradicciones, la observación de Huntington no carece de validez alguna. En cierto modo, tiene razón cuando llama la atención sobre la mayor relevancia adquirida por los factores de identidad cultural y nacional en los conflictos internacionales. Los procesos de globalización y de integración económica regional profundizados en la mayor parte del planeta desde hace algunos años han producido en muchos casos un fenómeno inverso al esperado: en vez de fomentar una predisposición cultural cosmopolita, han provocado una gran efervescencia nacionalista. Las dislocaciones sociales generadas por estos procesos alentaron el resurgimiento de nacionalidades en apariencia desaparecidas; han desencadenado un renacimiento religioso que se antojaba anacrónico y despertaron odios raciales que se creían superados.²⁹

Huntington extrae una conclusión bastante más seria de lo que podría parecer a primera vista. No se trata simplemente de identificar una fuente más de conflicto universal, sino de combatir una creencia bastante difundida en el mundo occidental, la cual supone la creación de una cultura única, universal e inclusiva; pacífica y armónica con la modernización de las sociedades tradicionales. Por esta razón tiene tanto sentido para él insistir en no confundir modernización con occidentalización, porque son dos cosas distintas que conducen a situaciones diferentes.

Durante la segunda mitad del siglo XX muchas sociedades de Asia,

²⁸ Una comparación general de los recursos a disposición de uno y otro bloque puede encontrarse en Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Barcelona, Plaza y Janés, 1993.

²⁹ Véase *El choque de civilizaciones*, *op. cit.*, especialmente la cuarta parte.

África y América iniciaron procesos de modernización con el fin esencial de alcanzar niveles de vida y bienestar más altos, similares a los que ya tenían los países modernos. La modernización emprendida abarcó prácticamente todos los aspectos de la sociedad: ideológico, económico, social y político.³⁰ En el plano ideológico, la transformación más importante produjo un cambio notable en las opiniones, ideas y valores. Este cambio consiste básicamente en desechar el modelo ofrecido por la tradición, inalterable y uniforme, para sustituirlo por un modelo inspirado en el cambio continuo y en la diversidad y multiplicidad de opciones que éste genera. En el plano económico se produce una transformación profunda afectando las relaciones laborales, las relaciones campo-ciudad y la propia perspectiva y disposición hacia la actividad económica. Uno de los cambios más notables de la modernización económica es la industrialización, la cual incrementa considerablemente el nivel de riqueza y los recursos sociales, aunque, por otro lado, trastoca completamente la estructura económica de la sociedad. En este sentido, la modernización agudiza sensiblemente las desigualdades económicas y sociales. La mayor parte de los estudios de historia económica indican cómo a largo plazo el desarrollo produce una distribución del ingreso más equilibrada, pero en el corto plazo genera graves inequidades. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados para contrarrestar estos efectos, las sociedades modernizadas pagan este alto precio en aras de dicho objetivo.³¹

La soledad del Imperio

En términos económicos, el costo más doloroso a pagar por los países en modernización es su grave empobrecimiento. Las últimas décadas del

³⁰ Una apreciación similar sobre los distintos aspectos de la vida social en los que repercute la modernización puede encontrarse en Cyril E. Black, "La dinámica de la modernización: un repaso general", en R. Nisbet, T. Kuhn, L. White, *et al.*, *Cambio social*, Madrid, Alianza Editorial, 1979.

³¹ Véase Douglas C. North, *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, especialmente la Parte II.

siglo XX han atestiguado, por un lado, la agudización de la pobreza en los países subdesarrollados y, por el otro, el crecimiento inestable de los más aventajados. Este proceso ha dado como resultado ensanchamiento de la brecha del ingreso no sólo local, también mundial: la concentración de la riqueza en el quintil superior de la población mundial con respecto al quintil inferior ha presentado una tendencia sostenida en las últimas décadas: en 1960 había una proporción de 30 a 1 entre el quintil superior y el inferior, pasando de 60 a 1 en 1990, y se agudizó más aún en 1997, cuando fue de 74 a 1.³²

La profundización de esta desigualdad ha dado origen a una serie de graves problemas sociales en los países más atrasados, cuyas repercusiones han alcanzado aun a las zonas desarrolladas. La manifestación más sensible de este problema en las áreas desarrolladas es la migración económica. Los países más desarrollados se han convertido en polos de atracción demográfica, han inyectado vitalidad y vigor a su población productiva, la cual se ha venido contrayendo y envejeciendo durante toda la segunda mitad del siglo XX, pero al darse este proceso de manera descontrolada y caótica, ha producido serias complicaciones, desde la mayor inseguridad pública, hasta el resurgimiento de actitudes racistas y xenofóbicas.³³

Con este trasfondo, el choque entre civilizaciones vaticinado por Huntington para los años venideros, puede darse no precisamente entre Estados soberanos de distintas civilizaciones, sino entre sectores y grupos sociales habitantes de un mismo espacio social, lo cual se verá pronto, pues se está presentando con relativa crudeza desde los últimos dos decenios, durante los cuales se han venido registrando múltiples y violentos choques entre grupos sociales de distinta lengua, religión o nacionalidad.

La amenaza, entonces, podría venir no de un choque entre distintos

³² Véase de Thomas W. Pogge, "The Moral Demands of Global Justice", *Dissent*, Fall, 2000.

³³ Véase Cristina Blanco, *Las migraciones contemporáneas*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, y Vicenc Navarro, *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*, Barcelona, Anagrama, 2002.

Estados soberanos, como Huntington plantea, sino del interior de las mismas sociedades occidentales, quienes al ver crecer en su interior lo que Wallerstein llamaba las clases peligrosas, no han podido reaccionar de manera adecuada para lidiar con semejante problema.³⁴

Un ejemplo palmario de ello podrían darlo los atentados terroristas de septiembre de 2001 en Estados Unidos. En ese caso los ataques en contra de las Torres Gemelas de Nueva York no provinieron de armas convencionales emplazadas por un ejército enemigo, sino de terroristas entrenados probablemente dentro del propio país y que hasta antes de estos acontecimientos, llevaban una vida tan común como cualquier otro inmigrante.

Esta interpretación cambiaría en muchos sentidos las perspectivas estratégicas para Estados Unidos. En este caso, la *guerra civilizacional* no puede darse contra otras potencias, ni siquiera es posible enfrentarse contra otros Estados soberanos o entidades políticas que hagan así visible y localizable al enemigo, en su lugar, la beligerancia y amenaza proviene de muchos pequeños, diminutos enemigos, contra quienes difícilmente puede emprenderse un ataque convencional.

Huntington —como muchos otros norteamericanos— ha considerado durante largo tiempo a Estados Unidos no solamente como un ejemplo de democracia, se ha convertido en un abierto e incondicional promotor de este régimen. Su participación en las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, consideran, les da el derecho de ser baluartes y garantes de las libertades y la democracia a nivel mundial, considerando cualquier amenaza en contra de este régimen como un atentado en contra de su propia ideología y seguridad nacional.

Sin embargo, debido a la transformación experimentada por el mundo desde el año de 1989, esa interpretación parece comenzar a cuestionarse. A raíz de los cambios suscitados en el orden internacional, se ha dado por concluida la era bipolar, dando paso a una etapa de reacomodo internacional sin una clara definición, por lo que Huntington

³⁴ Véase de Immanuel Walerstein, *Después del liberalismo*, *op. cit.*

le ha llamado un orden uni-multipolar, es decir, un orden internacional con un superpoder y muchos poderes importantes significativos.³⁵

No obstante, Huntington se queja amargamente de la falta de concordia entre el poder y la influencia de Estados Unidos, es decir, aun cuando cuenta con un volumen incomparable de recursos materiales, financieros y culturales, no es capaz de imprimirle al rumbo de los asuntos mundiales el sentido que conviene a sus intereses y expectativas.³⁶

Sin embargo, tal vez la paradoja más interesante de las reflexiones de Huntington sea la del vínculo entre Estados Unidos y la democracia mundial. Ahora bien, a contracorriente de la opinión norteamericana común, y de lo que el propio Huntington había sostenido por largos años, en uno de sus escritos más recientes ha dicho que la más grave amenaza para los Estados Unidos no está en la derrota de la democracia a nivel mundial, sino en su triunfo absoluto, en su implantación a escala global. Si éste fuera el caso, argumenta, Estados Unidos se quedaría solo, no habría enemigo al cual culpar, contra el cual luchar y contra el cual esgrimir los valores e ideas del credo americano, que —según Huntington— mantiene unida a la sociedad norteamericana. Sin un enemigo visible y combatible, las tensiones y contradicciones de la sociedad norteamericana se magnificarían y estallarían irremediabilmente.³⁷

Las cavilaciones y especulaciones de Huntington le han conducido así a un callejón sin salida, a una paradoja irresoluble. De acuerdo a su planteamiento, ningún país posee una cultura representativa de las ideas, valores e instituciones de la modernidad como la de Estados Unidos. Más

³⁵ Véase Samuel P. Huntington, "The Lonely Superpower", *Foreign Affairs*, vol. 78, no. 2, 1999. Puede verse también el interesante ensayo que cataloga los órdenes internacionales posibles en Michael Walzer, "Governing the Globe", *Dissent*, Fall, 2000.

³⁶ Aunque Estados Unidos cuenta sólo con el 4.7% de la población mundial, tiene un PIB que equivale al 36.3% del PIB global, un gasto en defensa que equivale al 36.3% del gasto mundial en este rubro, y recibe el 83.1% de los ingresos de taquilla provenientes de la industria cinematográfica mundial. Para una apreciación integral de la posición mundial de Estados Unidos, véase la sección especial "A Survey of America's World Role", *The Economist*, 29 de junio, 2002.

³⁷ Véase Samuel P. Huntington, "The West Unique, Not Universal", *op. cit.*

aún, no ha habido ningún país que durante el siglo XX haya sostenido más firmemente los principios de la modernidad y la civilización occidental, y mucho menos los de la democracia y las libertades individuales. Sin embargo, la sola posibilidad del cumplimiento cabal y absoluto en el mundo de estos valores, ideas e instituciones, pueden significar el fin de Estados Unidos.

Es difícil saber qué tanta razón tiene Huntington en la previsión de estos escenarios. Algunas páginas atrás se señalaron las insuficiencias de su previsión del choque de las civilizaciones, se reconoce que varios de sus planteamientos a este respecto no carecían totalmente de razón. En este otro caso, acerca de la victoria global de la democracia y la consecuente desintegración del superpoder sobreviviente, es probable que haya algunas insuficiencias, sobre todo las que tienen que ver con el fin del imperio norteamericano, el cual seguramente decaerá en el futuro próximo, pero aun no queda claro hasta ahora cuáles de sus bases se colapsarán primero.

En todo caso, aunque por ahora no resulta fácilmente previsible la caída del superpoder norteamericano ni la victoria global de la democracia, difícilmente puede haber duda sobre si es más factible que ocurra lo primero antes que lo segundo.